

# EL NUEVO TONO RELIGIOSO DEL LAZARILLO DE JUAN DE LUNA

## I. CONSIDERACIONES GENERALES

Estamos frente a un tema cuya característica principal es el anticlericalismo. Ya se ha dicho que el anticlericalismo furibundo de la *Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes* de Juan de Luna<sup>1</sup> representa una actitud individual crítica, con inquietudes explicables en la crisis espiritual española y en la inmoralidad de ciertos clérigos de la época de Felipe II.<sup>2</sup>

En este estudio trataré de descubrir las causas de ese anticlericalismo y de señalar cómo el desengaño religioso de Lázaro es consecuencia del medio social en el que el pícaro vive y de los ejemplos que recibe; trataré además de mostrar la heterogeneidad del tono religioso que separa este libro del *Lazarillo* de 1554. Hay que tener en cuenta, ante todo, que Luna escribió su obra en el destierro, bajo la influencia de ciertas ideas que le habían hecho perder, como a tantos otros, el justo equilibrio y la estabilidad necesaria para escribir una obra desapasionada y "decente". A ese ambiente transpirenaico tendremos que ir a buscar al autor, para que nos presente sus ideas de acuerdo con su original modo de apreciar el culto católico, y para que nos explique las causas de su rabioso anticlericalismo en relación con la época y con el ambiente dentro del cual escribió su *Lazarillo*.

<sup>1</sup> En este estudio he utilizado la edición de ELMER R. SIMS, *La segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes*, por H. de Luna (Austin, The University of Texas, 1928), que reproduce con rigor la edición de París de 1620.

<sup>2</sup> Cf. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, IV, Madrid, 1947, "Ed. Nacional"; p. 207.

## II. AMBIENTE Y CAUSAS DE LA IRRELIGIOSIDAD DE LA SEGUNDA PARTE

Durante la segunda mitad del siglo xv, el clima espiritual de la Península alcanzó su máximo esplendor. Periodo de gloria y plenitud en que la nación española llegó al apogeo insuperado de su grandeza religiosa, militar y económica. En esta época de expansión dinámica, de culminación del poderío español, los pilares de la moral y las costumbres no se habían empezado todavía a fragmentar a través de las páginas de las novelas picarescas y, ni siquiera, a contagiarse de elementos heterogéneos extraños, como sucedería en el caso de la *Segunda parte* de Juan de Luna. Muy por el contrario, en la época en que apareció el *Lazarillo* primitivo, el sentimiento nacional y el religioso se fundieron y compenetraron para formar la maravillosa grandeza de la nación española, espanto y admiración del mundo, honor y orgullo de una civilización, que, precisamente por su sentimiento profundamente religioso, fomentaba la emulación del resto de Europa. Así lo declara un gran conocedor de la novela picaresca, que mucho sabe del clima espiritual propio de la época en que apareció el *Lazarillo* primitivo: "La exaltación del espíritu católico sacudió a Italia, Francia y Flandes lo mismo que España, y produjo fuera y dentro de nuestras fronteras tipos de santidad y obras de devoción de análoga significación. Contemporáneos, y hasta homónimos, son los españoles Francisco Javier y Francisco de Borja del francés Francisco de Sales y del italiano Francesco de Paula, con la ventaja, para el francés, de haber escrito la obra mística de más popularidad europea en aquel siglo: la *Introducción a la vida devota*."<sup>3</sup>

Por lo que acabamos de leer, sería grave error pensar que el clima espiritual que animaba la época del *Lazarillo* primitivo fuera similar al de la época en que apareció la *Segunda parte*. Pensemos que, junto con la sátira antirreligiosa del *Lazarillo* primitivo, la exaltación del espíritu católico de aquel

<sup>3</sup> MIGUEL HERRERO, "Nueva interpretación de la novela picaresca", *Rev. de Filología Española*, XXIV (1937), p. 345.

periodo español, a pesar de las extrañas influencias protestantes que venían desde el norte de Europa, parecía asentarse tan firme e incontrastablemente, sin miedo a desgarros ni desmoronamientos, como si fuera religión asegurada en su persistencia para la eternidad. Bastará mencionar la poderosa regeneración espiritual empezada por el Concilio de Trento y pocos años después consolidada por Felipe II, campeón de la Contrarreforma. El clima espiritual que encarna el pueblo español de aquella época memorable en que apareció el *Lazarillo* primitivo y que persiste hasta casi el fin de la centuria, deja indeleble impresión en nuestro ánimo. ¿Quién puede negar que el ideal religioso de Felipe II lleva a los españoles a una lucha fanática contra calvinistas, hugonotes, turcos e indios? Los españoles de aquella época luchan al lado de su rey con tal entusiasmo, que dejan percibir muy claramente la noble fidelidad de la nación española a los altos ideales religiosos, llevados a las cumbres del poder y de la magnificencia por Felipe II. Así lo afirma Cervantes, quien, aunque enfermo y ardiendo de fiebre, tomó parte en la batalla de Lepanto como simple soldado, porque —como él mismo declara— "más quería morir peleando por Dios y por mi rey que meterme so cubierta".<sup>4</sup> También lo afirma así Lope de Vega, que se alistó como voluntario en la Armada Invencible, pensando que "para la católica jornada no se excusaba generoso mozo".<sup>5</sup>

Juan de Luna, al escribir su *Segunda parte*, no supo o no quiso comprender bien el clima espiritual de la época en que se había publicado el *Lazarillo* primitivo. Por falta de intuición y de reflexión, pasó por alto la importantísima diferencia temporal que separa a los dos *Lazarillos*. Situó el tono religioso propio de su época en la del *Lazarillo* primitivo, sin tener en cuenta que en aquellos años el sentimiento religioso de los españoles había alcanzado con los místicos la cumbre de la perfección espiritual, nunca superada en los siglos posteriores. Tampoco tomó en consideración el hecho de que el movimiento de reforma de las costumbres del clero reali-

<sup>4</sup> Cit. por J. FITZMAURICE-KELLY, *Miguel de Cervantes Saavedra* (trad. española de S. Cano), Londres, 1912; p. 114.

<sup>5</sup> Cf. LUDWIG PFANDL, *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, Barcelona, 1933; p. 9.

zado durante aquella época había propagado en el seno de la Iglesia misma, con la Contrarreforma, una importante reacción de carácter moral.<sup>6</sup> Con ello, Luna originó una gran confusión en las ideas y conceptos sobre la vida religiosa y el clima espiritual, que intentaré aclarar en las páginas siguientes.

He dicho que al redactar su *Segunda parte*, Juan de Luna situó el tono religioso de su obra en la época del *Lazarillo* primitivo. En consecuencia, el tono religioso de su novela presenta dos facetas diferentes: renacentistas la una, barroca la otra, aunque no pertenezca plenamente a ninguna de ellas. Verdad es que el anticlericalismo es uno de los rasgos generales característicos de la novela picaresca, que aparece tan a menudo en la época renacentista del *Lazarillo* primitivo, como en la época barroca de la *Segunda parte* de Luna o de *La hija de Celestina*, *El donado hablador*, *La garduña de Sevilla*, etc. Pero sería más exacto advertir que la sátira anti-religiosa de la novela picaresca renacentista presenta cierto carácter amable que no aparece en la crítica antirreligiosa, más severa y sarcástica, característica de las novelas picarescas de la época barroca.

Al colocar el tono religioso de su *Segunda parte* en la época renacentista, a Luna se le pasó por alto la influencia ejercida por la Contrarreforma, que había reaccionado violentamente contra la degeneración de ciertos clérigos, contra el relajamiento de la vida y costumbres monásticas, y que procuraba, al mismo tiempo, fortificar y mejorar las costumbres eclesiásticas, o sea, poner orden en la propia casa. Estos elevados propósitos tuvieron por fuerza que producir grandes impulsos morales, que depuraron y fortificaron el clima espiritual y las costumbres eclesiásticas de la época del *Lazarillo* primitivo. No es posible olvidar los indelebles ejemplos que dejaron aquellos místicos, reformadores, sabios, maestros e investigadores, encabezados por Santa Teresa, San

<sup>6</sup> MARCEL BATAILLON, en su obra sobre *Erasmo y España* (trad. esp. de A. Alatorre, México, 1950; II, p. 311), hablando del clima espiritual de la época del *Lazarillo* primitivo, hace constar que entre 1542, año de la primera reunión del Concilio de Trento, y 1563, año de la clausura definitiva del Concilio, la Península cambió con gran rapidez, y profundísimamente, de clima espiritual.

Ignacio de Loyola, Domingo Soto, Melchor Cano, los jesuitas Diego Laínez, Juan Polanco y Alfonso Salmerón, que no sólo ganaron almas para el cielo, sino que influyeron positivamente en el clima espiritual de la época del *Lazarillo* primitivo de una manera nunca igualada en la época en que se redactó la *Segunda parte*. En efecto, a fines del siglo XVI van desapareciendo prematuramente los más poderosos luchadores de la Contrarreforma y, con ellos, el espíritu regenerativo que los había guiado hacia la superación de las costumbres religiosas.<sup>7</sup> Santa Teresa muere en 1582; Arias Montano en 1598; Domingo Soto en 1570; Juan Polanco en 1577; Alfonso Salmerón en 1585; Fray Luis de Granada en 1588. Melchor Cano, el que con mayor ímpetu instó a la iglesia católica a tomar más clara conciencia de sí misma, muere prematuramente en 1560; San Ignacio de Loyola y el jesuita Diego Laínez, en 1556 (cf. BATAILLON, *op. cit.*, II, p. 313).

Al extinguirse esta generación de místicos y reformadores del clima espiritual de la época del *Lazarillo* primitivo, se apaga también uno de los más fecundos elementos de regeneración de las costumbres religiosas. Y, al decir esto, me refiero sólo a las costumbres y a la moral de una parte limitada del clero de la época; es decir, que no debemos hacer extensivas estas apreciaciones a la disciplina moral de la mayoría de los eclesiásticos, sino sólo a una pequeña minoría de ellos.

Pero, sobre todo, hacia fines del siglo XVI, España entera llega a uno de esos momentos críticos de su historia, en que los acontecimientos religiosos y militares nacionales van rápidamente en decadencia. Sobre la negrura de la atmósfera política donde retumba el eco de la derrota de la Armada Invencible, serpea el rayo del protestantismo transpirenaico;

<sup>7</sup> Cf., a este respecto, H. A. HATZFELD, "España en la literatura europea del siglo XVII", *Rev. de Filología Hispánica*, III (1941), pp. 9-23; E. I. WATKIN, *Catholic art and culture*, London, 1942. Cf. también el ensayo de E. LAFUENTE FERRARI en la obra de W. WEISBACH, *El Barroco. Arte de la Contrarreforma*, Madrid, 1942; y R. M. HORNEDO, "Arte trentino", *Rev. de Ideas Estéticas*, III (1945), pp. 443-472. De las antiguas —aunque confusa y algo caótica—, aporta muchos materiales la obra de Charles Dejob, *De l'influence du Concile de Trente sur la littérature et les beaux arts chez les peuples catholiques*, París, 1884; cf. en especial pp. 75-89.

el culto protestante, que se había organizado en Francia y en Inglaterra como una confesión disidente, se ha solidificado, transformando el catolicismo en recuerdo estéril. Ginebra se ha consolidado en una firme ortodoxia. Los panfletos de rebeldes flamencos y protestantes, en lucha por su independencia o por las teorías de Calvino y Lutero, que habían llegado a la Península desde hacía ya largos años, contribuyen a agravar las dolencias del clima espiritual español.

También a fines del siglo XVI tuvo lugar un hecho de gran transcendencia, que produjo repercusiones funestas para España y, por consiguiente, para todo lo español. Me refiero a la fuga del tristemente célebre Antonio Pérez, en 1590. Acusado ante la Inquisición de haber tenido parte en la muerte del secretario de don Juan de Austria, huyó de España y se refugió en las cortes inglesa y francesa, donde comenzó una labor de desprestigio contra Felipe II y, como consecuencia, contra España, que mucho contribuyó en el desarrollo de la *leyenda negra* antiespañola, en la cual también habían tenido parte los alegatos humanitaristas de Las Casas, que presentaban a los ojos de los extranjeros una imagen deformada de España, idéntica a la que Juan de Luna presentó en su *Segunda parte* del *Lazarillo*.

Junto a los hechos reseñados, hay que tener en cuenta que a principios del siglo XVII, y más aún hacia la mitad de esa centuria, la moral y las costumbres degeneraron visiblemente. El *Guzmán de Alfarache* (1599) y sus continuaciones, la *Pícara Justina*, ciertas *Novelas ejemplares* de Cervantes, y el *Buscón*, con sus rótulos e insinuaciones, dejan entrever claramente los síntomas del mal de la época. España se ha convertido poco a poco en una nación de mendigos y de aventureros, en la que el hambre y el bandolerismo se han enseñoreado del pueblo; los eclesiásticos no son entendidos, y comienzan a ser víctimas indefensas de los ataques más amargos por parte de descentrados, y a servir de escarnio y de juguete para los autores de novelas picarescas, como nunca antes en la historia de la literatura española.

Si ahora tratamos de averiguar la razón por la cual la sátira antirreligiosa de la *Segunda parte* de Juan de Luna adquiere, al contrario de lo que sucedía en el *Lazarillo* primiti-

vo, características tan amargas, sombrías y descentradas, lo primero que observamos es que, como ya he indicado los acontecimientos religiosos, corroborados y vigorizados por aquella generación de místicos y reformadores, unidos al monarca más poderoso de España, representaban perfectamente el profundo sentimiento nacional y religioso del pueblo español; pero la fuerza de las circunstancias les habían hecho perder su energía ya a fines del siglo XVI. En consecuencia, el decaimiento espiritual de la época influyó con gran fuerza en la obra de Luna.

Con el *Lazarillo* de Luna la sátira antirreligiosa inicia una desviación respecto de las normas del *Lazarillo* primitivo. En éste, lo que no podía decirse con claridad de conceptos se disimulaba en las formas más variadas de la ironía. En cambio, en la *Segunda parte* no se disimulaba nada. Se emplea un lenguaje desacostumbrado en el género picaresco y un tono irreverente para las cosas de la Iglesia. La crítica es más libre aún. Lejos de mostrar propósito alguno de erasmismo, Luna encuentra un placer maligno en hacer odiosos y repugnantes a los clérigos. Su visión de la vida eclesiástica es fría, dura, impasible. Se burla de ella, aun de sí mismo; pero tras de sus burlas, tras de sus ataques, se descubre la sombra de una dolorosa decepción, que hace que sus risas y sus pullas sistemáticas contra los diversos niveles del clero, dejen en nosotros un regusto amargo que, precisamente por ser así, contrasta con el tono religioso del *Lazarillo* primitivo.

Pero no hay que olvidar un hecho fundamental: Luna redactó su *Segunda parte* en París, lejos de la censura eclesiástica. Además, hay que tener en cuenta, como ha apuntado Menéndez y Pelayo (*loc. cit.*), que Luna no pertenecía al grupo de Casiodoros y Corros que se hicieron ilustres en la historia del protestantismo español fuera de España, sino a aquella especie de pícaro que, en el caso de Luna, podríamos llamar *urbano*, por cuanto que residía en París, población que en aquella época atraía a los vagabundos y a los perseguidos de la justicia del amplio mapa picaresco europeo, los cuales deambulaban por sus calles al lado de meretrices y de vividores. En tales tugurios se reunían en régimen colectivo

escritores de la categoría de Carlos García. Juan de Luna hallaba ambiente propicio para escribir todo lo que su aparcaada condición le sugería. Ahito de lecturas y de teorías extranjeras, sin congruencia de ideas, quiso hacer otra patria y un nuevo *Lazarillo*. De ahí sus ataques contra los eclesiásticos. Enamorado de la vida suelta y buscona, olvidó su patria y su religión, y colaboró activamente, en la medida de su capacidad, en la difusión del fermento antirreligioso. No supo entender a España ni a su religión, y por ello prefirió residir en el extranjero, cuyas ideas contribuyeron de manera definitiva a crear el nuevo tono religioso de su *Segunda parte*.

Este nuevo ambiente, desde el cual Luna contemplaba —de lejos— el clima espiritual de la Península, no lo obligaba a una prudente reserva o a una interpretación objetiva del culto católico y sus ministros. Bien se echa de ver que el nuevo ambiente lo había seducido. Luna asocia, al anticlericalismo de su *Segunda parte*, el antiespañolismo francés. Por eso, utilizó un tono religioso que encarnaba el espíritu satírico más virulento, en el que se veía renacer también un íntimo sentimiento de antipatía y odio hacia España muy concordante con la época y el nuevo ambiente del autor.<sup>8</sup>

### III. EL ANTICLERICALISMO A TRAVÉS DE LA OBRA

La estancia en París de Juan de Luna le ofreció oportunidad de hablar de los eclesiásticos desde fuera y en relación con los sentimientos que allí despertaban. Estos sentimientos, por supuesto, eran negativos, por estar en parte asociados con el culto protestante y ser, en otra, resultado del ambiente lascivo e inmoral de la capital. Así, nos parece que es exacto afirmar que la crítica antirreligiosa adquiere en la *Segunda parte* carácter particular que la separa del españolismo del *Lazarillo* primitivo. En la *Segunda parte*, la crítica ataca y zahiere las costumbres licenciosas de los clérigos.

<sup>8</sup> Es imprescindible recordar el libro de A. MOREL-FATIO, *Études sur l'Espagne*, París, 1895, pp. 37-44, el cual concuerda plenamente con algunas de las ideas utilizadas aquí.



Se produce ahora cierto desequilibrio entre el tono antirreligioso del Renacimiento y el del Barroco. Lo que veladamente ofrecía el *Lazarillo* renacentista se ha desvelado por completo, para transformar lo sereno en lo borrascoso, lo transparente en lo denso, lo liso en lo rugoso, reflejando sin piedad alguna las exageraciones de la época. Ataques que, sin razón de ser justificadas, se transforman exclusivamente en odio hacia el clero y cuanto toca al culto católico. El tono antirreligioso del *Lazarillo* renacentista nos proporciona cierta ansia de paz; el de la *Segunda parte* nos trasmite el deseo de criticar, de atacar, y la complacencia de esos trastrueques de valores tan característicos de la época de Juan de Luna.

Al llegar a este punto, desde el cual vemos la crítica antirreligiosa a la luz de un nuevo enfoque, no podemos por menos de hacer resaltar el tono lascivo y desvergonzado con que Juan de Luna pone en boca de Lázaro ciertos sucesos, y preguntarnos si éstos no están en oposición paralela con la sátira antirreligiosa del *Lazarillo* primitivo. ¿Cómo es posible considerar esta *Segunda parte* como secuencia del *Lazarillo* primitivo, si lo que se propuso Luna fue invertir la sátira antirreligiosa del *Lazarillo* primitivo por medio de un tono lascivo y desvergonzado de tan mala ejemplaridad?

Empezaremos por recordar que este tono lascivo se suele manifestar cada vez que Lázaro hace referencia a las costumbres licenciosas de las bajas autoridades eclesiásticas. En cambio, no hay ataques y ni siquiera crítica velada contra el dogma católico o contra los altos funcionarios del clero. Ni la menor alusión contra obispos, arzobispos, patriarcas y primados, lo cual contribuye esencialmente a eliminar la posibilidad que el autor fuera protestante; si lo hubiera sido, las fórmulas luteranas y calvinistas lo habrían inducido a realizar ataques más audaces contra la autoridad del Papa y contra el dogma católico. En ninguna parte habla Lázaro acerca de la confesión, de la intercesión de la Virgen y de los santos, ni tampoco sobre el purgatorio ni la transubstanciación. Lázaro, hablando por Luna, no toma partido contra los altos eclesiásticos ni contra el dogma católico en ningún punto. Es la suya una sátira que siempre traspasa los límites

del buen gusto. Sus ataques van dirigidos contra la baja jerarquía del clero, a las que presenta sin discreción alguna. No adopta papel moralizador, porque en el fondo es un iconoclasta que desconfía radicalmente del clero y de la sociedad española. Corrompe la sátira del *Lazarillo* primitivo, dándole un tono inmoral y por convencionalismo hipócrita. Dibuja a los arciprestes, a los frailes y a los clérigos con una variedad de recursos grotescos muy diferentes de los que aparecen en las demás novelas picarescas. Hay cinismo y complacencia en censurar a los clérigos. El cinismo de Lázaro no es ni respetuoso ni amable. Lázaro desprecia al clero, ridiculiza su noble virtud y se mofa de la invencible debilidad humana. Esta acrimonia que profesa el personaje central de la obra de Luna al censurar al clero, pugna abiertamente con el tono antirreligioso que manifiesta el *Lazarillo* renacentista.

En la *Segunda parte* de Luna la crítica es más severa para los eclesiásticos, especialmente cuando Lázaro se refiere a las costumbres licenciosas de ciertos clérigos de la época. La primera vez que Luna manifiesta su ataque contra esas costumbres es en el capítulo V, cuando Lázaro, resuelto a abandonar a los pescadores que le llevan por Madrid dentro de una tina de agua, es conducido a un mesón, donde, al quedar solo, hace rodar la tina, dejando que el agua derramada caiga en un aposento del piso inferior, en el que se encontraba un clérigo con su manceba, "que espantados del diluvio del agua que sobre su cama caía, se echaron por una ventana desnudos como Adán y Heua, sin ojas de higuera en sus verguenças".<sup>9</sup>

Este episodio, además de señalar el anticlericalismo furibundo de Lázaro, resulta grotesco. Bien se advierte que lo que pretende es provocar la risa, y que en él falta el tono serio y el decir sentencioso del Lázaro primitivo.

Después de este episodio, en el que Luna da muestra acabada de su marcado cinismo al burlarse del clérigo y su manceba, puesto que se limita a ridiculizarlos sin añadir ninguna reprobación moral, Lázaro se complace en designar a las man-

<sup>9</sup> *Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes*, ed. E. R. Sims. p. 28.

cebas de los clérigos con el más ínfimo vocablo: "En Toledo —dice— llaman a las mancebas de los clérigos mulas del diablo" (p. 28).

Junto a este episodio y lenguaje poco usual, Lázaro encuentra también un placer maligno en poner en boca del viejo gitano frases que, por supuesto, no ocultan su incansable propósito de censurar las costumbres licenciosas de diversos miembros de la baja jerarquía eclesiástica. Dice Lázaro: "Preguntele en el camino si los que estaban allí eran todos gitanos nacidos en Egipto. Respondiome que maldito el que hauia en España, mas que todos eran clerigos, frayles y monjas o ladrones que hauian escapado de las carceles o de sus conuentos, pero que entre todos, los mayores vellacos eran los que hauian salido de los monasterios, mudando la vida especulatiua en actiua" (p. 59). En su censura anticlerical, nadie logra escapar a sus ataques. Ni siquiera los frailes y las monjas. Y como no se atreve a atacarlos de frente, porque es cobarde, Luna prefiere que el lector reflexione por sí mismo acerca de la escandalosa conducta de los eclesiásticos, o pone en boca de otros sus furibundos ataques contra el clero. Así, por ejemplo, cuando Lázaro deja a los gitanos, se hace la siguiente reflexión, que puede considerarse como una crítica de los sacerdotes sin vocación: "Particularmente me admire de que los frayles dexassen su vida descansada por seguir la desastrada y aperreada del gitanismo, y no huiera creydo ser verdad lo que el gitano me dixo, si no me huiera mostrado vn quarto de legua del rancho, detras de las paredes de vn arrañal, vn gitano y vna gitana; el, rehecho y ella, carrillena. El no estaua quemado del sol, ni ella curtida de las inclemencias del cielo. El vno cantaba vn verso de los salmos de Daud, y el otro respondia con otro. Aduirtieme el buen viejo que aquellos eran frayle y monja, que no hacian mas de ocho días hauian venido a su congregación con deseo de profesar mas austera vida" (p. 60).

Lo que nos muestran claramente estos pasajes es el deseo que siente Lázaro de reflexionar y de meditar sobre lo que otros personajes de la obra ven, piensan y a veces sufren por causa de la desarreglada vida de ciertos miembros del clero. Al mismo tiempo, Luna hace su censura mediante el nuevo

artificio de poner en boca de otros personajes su crítica anti-religiosa. Con ello consigue, en primer término, superar su temor a la censura inquisitorial, y, en segundo, mostrar al lector cómo en Lázaro influyen el ejemplo y el ambiente religioso, que son las causas de su desengaño y de su desconfianza en el clero.

Este mismo artificio de que se sirve el autor para despertar en Lázaro el desengaño religioso por medio del ejemplo que le ofrecen otros personajes de la narración, se repite en otros episodios del libro, como cuando Lázaro oye a una ramera del honor alquilado decirle: "El primero que me dio canilla fue el padre rector de Sevilla, de donde soy natural, el cual lo hizo con tanta devoción, que desde aquel día le soy muy debota. Encomendome a vna beata con quien estuue bien probeyda de lo necesario mas de seys meses... De ceca en meca y de çoca en colodra estoy donde me veys, y pluyera a Dios jamas huuiera salido de la protección de aquel buen padre que me trataba como a hija y me amaba como si fuera su hermana" (p. 45). Más adelante, se encuentra Lázaro con un fraile de la orden de San Francisco que, además de haber hecho granjería vaciando los bolsillos ajenos con peticiones, le pide que le lleve su hato hasta la puerta del convento. Lázaro lo hace de buena gana, esperando ser adecuadamente retribuido; pero al verse defraudado en sus esperanzas con un agradecimiento verbal en nombre de Dios, Lázaro protesta a las puertas del convento. El portero muy socarronamente le advierte que no llame más, que "es ora del silencio". Un mendigo que está a la puerta le informa: "Hermano, bien se puede ir, que estos padres no tocan dinero, porque todos viven de mogollon" (p. 46).

El resultado de esta experiencia se condensa en una especie de máxima, en la que Lázaro da rienda suelta a su pesimismo y expresa la mala opinión que le merecen los frailes: "Dios me lo perdone que desde aquel día aborreci tanto a estos religiosos legos, que me parecia cuando los veyá, veer vn çangano de colmena o vna esponja de la grasa de la olla" (p. 47). Y para que el lector no pueda pensar que estos juicios son aplicados sólo a los frailes de la orden de San Francisco, hace que la esposa del ermitaño confiese a Lázaro que

sus tres hijos naturales lo son de otros tantos representantes de la baja jerarquía eclesiástica: "Estos tres hijos son de tres diferentes padres, que segun la mas cierta congetura fueron vn monje, vn abad, y un cura, porque siempre he sido devota de la iglesia, me vine a viuir a esta ciudad por huyr y hebitar las murmuraciones que en lugares pequeños nunca faltan" (p. 86).

Al analizar las causas del anticlericalismo de Lázaro, es preciso empezar por señalar la nefasta influencia de ciertos individuos, cuyo ejemplo es determinante en el desengaño religioso de Lázaro. Se trata de una muchedumbre de personajes que, más o menos estrechamente relacionados con el protagonista, forman los otros planos de la narración, y que aparecen y desaparecen con los episodios que dan vida a la novela. Estos personajes son los que, con su ejemplo y sus relaciones con los eclesiásticos, originan el pesimismo resignado de Lázaro y su escéptica opinión sobre el clero. Ello se advierte a primera vista cuando Lázaro —en una serie de reflexiones angustiosas, producto de amargas experiencias— empieza a meditar sobre la infidelidad de su esposa y sobre la ingratitud de que ésta da muestras a causa de la desarreglada conducta del Arcipreste de Toledo; cuando Lázaro reclama a su hija y el Arcipreste le revela que no es suya; cuando ve al clérigo huir desnudo con su manceba; cuando la esposa del ermitaño le confiesa que sus tres hijos tenían tres padres diferentes; cuando advierte la falta de vocación religiosa que frailes y monjas muestran al acomodarse con gusto a la vida gitanesca. Estos son ejemplos que patentizan la inmoralidad de los eclesiásticos, extensiva a todas las órdenes religiosas, y la escandalosa corrupción de sus costumbres.

No nos extraña, pues, que este Lázaro, por ser una figura típica de su tiempo, un espíritu formado bajo la decadencia de la época de Felipe III, quiera hacer de sus aventuras y de los ejemplos que los demás personajes le proporcionan un espejo de la corrupción moral de toda la baja jerarquía eclesiástica. Ante esos ejemplos, Lázaro reacciona de un modo que bien merece un análisis detenido. Por medio de ellos, Lázaro quiere ser considerado como una víctima del medio

ambiente en que se mueve, como una excepción, digna por ende de simpatía y libre de mayor responsabilidad, ya que si es inmoral y corrompido, lo es a causa de los eclesiásticos con quien tropieza. Su insistencia en hablar y censurar la flaqueza ajena y la invencible debilidad humana de los eclesiásticos es sólo uno de los numerosos recursos psicológicos que, en la subconciencia del protagonista, podría servir de justificación; es decir, que evidencia el afán de Lázaro por disminuir la profundidad de las culpas en que ha caído. Se complace así en iluminar los rincones más tenebrosos de la inmoralidad con ejemplos y reflexiones ajenas; actitud ésta muy frecuente en los pecadores y visible sobre todo en este Lázaro de Juan de Luna.

Al llegar a este punto creemos que, con lo expuesto, resulta evidente que Lázaro es una figura un poco más compleja de lo que parece a primera vista. Su anticlericalismo, latente durante su mocedad, en esta *Segunda parte* se ha fortalecido y enriquecido como consecuencia de las costumbres licenciosas de los clérigos de la época.

Mas para que no lleguemos, sin embargo, a mirarle como una víctima de estas circunstancias, y para que quede en claro su libertad de acción, tenemos que poner de relieve que, aun en las circunstancias más favorables, su inclinación natural le lleva siempre a esta malsana complacencia por burlarse de la religión y de las cosas sagradas de la manera más grosera. Junto a esto hay que recordar una serie de circunstancias que no anulan su responsabilidad, sino que contribuyen a la formación o deformación de su carácter profundamente irreligioso. Este Lázaro siempre se lamenta de la ligereza con que viven algunos clérigos; de la falsa devoción de los frailes y de las monjas; de la avaricia del clero (p. 46). Pero un examen atento de sus acciones revela la existencia en él de los mismos defectos que atribuye a los eclesiásticos, los cuales le hacen quedar en ridículo en cuanto no logra lo que se propone. Así vemos, por ejemplo, que Lázaro también representa la falsa devoción, pero de una manera más sutil. Se hace ermitaño, pero con la falsa intención de ganar fama de devoto entre los imbéciles; se hace llamar "San Lázaro" para impresionar más favorablemente a sus seguidores y po-

der así desvalijarlos con más facilidad. En estas acciones descubrimos la complacencia que Juan de Luna halla en ensuciar lo sagrado con lo sacrílego de la manera más cobarde. ¡ Todo ello lo representa este Lázaro que tanto desea censurar a los eclesiásticos y hacerse pasar como víctima de los ejemplos que éstos le proporcionan!

Notemos bien que en este episodio —importante para definir el carácter del personaje central y para excluir la posibilidad de considerarlo como una inocente víctima del medio ambiente— Lázaro abraza deliberadamente una falsa vocación, disfrazándola bajo un hábito religioso, acción que resulta poco menos que sacrílega y que nos muestra la maldad de su temperamento. Este falso ermitaño, aunque no haya perdido la fe, se deja arrastrar por esa falsa vocación a un tipo de vida que simula la religiosidad. Y, al propio tiempo, todo ello se convierte en una sátira de la vida mística.

#### IV. LA INQUISICIÓN. IGNORANCIA Y BELLAQUERÍA

Al hablar de la irreligiosidad de Lázaro, hacíamos hincapié en que lo que él ataca más insistentemente en la *Segunda parte* de su historia son los eclesiásticos, sus costumbres licenciosas y su avaricia.

Un caso especial de su sátira religiosa, que debe considerarse con independencia de los demás ataques dirigidos contra los eclesiásticos, es la sátira contra el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición.

Ya es bien sabido que este tribunal, instituido en 1478 por los Reyes Católicos, no era una organización eclesiástica *tout à fait*, sino una organización civil y real de la Inquisición dependiente del Estado. Los miembros de este tribunal, afirma Ludwig Pfandl, "con excepción del Inquisidor General y algunos consejeros, pertenecían casi siempre al estado laical".<sup>10</sup>

Junto a este grupo de inquisidores, un gran número de subordinados, como libreros, alguaciles y hasta mesoneros, pertenecían a lo que se consideraba como cuerpo de *familiares*

<sup>10</sup> Cf. L. PFANDL, *Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos xvi y xviii. Introducción al Siglo de Oro*, Barcelona, 1942; p. 80.

o voluntarios al servicio de la Inquisición. La mayoría de ellos se alistaban en sus filas para participar, como era lógico, de ciertos favores (cf. PFANDL, *op. cit.*, p. 81). Circunstancia digna de tenerse en cuenta, si queremos apreciar la significación y contenido del capítulo XII de la *Segunda parte*, en el cual Lázaro satiriza la ignorancia y la bellaquería del mesonero, de las que hace responsable, naturalmente, a la Inquisición.

Profundizando aun más en el estudio de la irreligiosidad de Lázaro, examinemos ahora lo que tanto el autor como el personaje central de su obra piensan del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Sentados estos antecedentes, vemos que ya en el prólogo de la *Segunda parte*, Luna satiriza el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición del modo siguiente: "...bastara para excusa de la inorancia española la licencia que los pescadores tenían de los señores Enquisidores, pues fuera vn caso de Inquisicion si dudaran de vna cosa que sus señorias hauian consentido se mostrasse por tal. A este propoito (aunque sea fuera del que trato aora) contare vna cosa que sucedio a vn labrador de mi tierra. Y fue que enbiandole a llamar vn Enquisidor para pedirle le embiasse de vnas peras que le hauian dicho tenia estremadas, no sabiendo el pobre villano lo que su señoría le queria, le dio tal pena que cayo enfermo, hasta que por medio de vn amigo suyo supo lo que queria. Leuantosse de la cama, fuesse a su jardín, arranco el arbol de rayz y lo embio con la fruta, diziendo no queria tener en su casa ocasion le embiasen a llamar otra vez. Tanto es lo que los temen, no solo los labradores y gente baxa, mas los señores y grande, todos tienblan quando oyen estos nombres, enquisidor e inquisicion, mas que las ojas del arbol con el blando zafiro" (p. 6).

Si tratamos ahora de hallar explicación satisfactoria a este pasaje tan singular, tendremos que relacionarlo con los del capítulo IV, en los cuales Lázaro dice: "Los pescadores... echando de veer se les ofrecia tan buena embiaron a pedir licencia a los señores Inquisidores para mostrar por toda España, vn pez que tenia cara de hombre" (p. 23). Más adelante, uno de los pescadores, contestando a Lázaro, prosigue: "Los señores Inquisidores han mandado lo lleemos por las



villas y lugares de España a enseñarlo a todos como portento y monstruo marino" (p. 24).

A la vista de estos pasajes se puede señalar que Juan de Luna no es tan ingenuo como para creer que en aquella época hubiese en España monstruos marinos con cara de hombre y cuerpo de pez. Lo que se propuso hacer Luna al presentar estos pasajes, con carácter asertivo, fue combinar el engaño de los pescadores —que veían la oportunidad de obtener buenas ganancias presentando como monstruo a un hombre que era como los demás— con la credulidad de la gente ignorante, que aceptaba a Lázaro como "prodigioso monstruo marino" y pagaba para poder contemplarlo. Y, al mismo tiempo, puesto que los pescadores consiguen licencia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición "para mostrar por toda España un pez que tenía cara de hombre", Luna convierte estos pasajes en un nuevo ataque contra la ignorancia de la Inquisición. ¡Lo que, como afirma el autor en su prólogo, viene a ser muestra acabada de la "ignorancia española", de la que son responsables, según él, los Inquisidores del Santo Oficio!

Hay otra alusión a la ignorancia de la Inquisición en el capítulo XII, en el pasaje de los dos hermanos y el criado de la doncella matritense sentenciados a azotes y a galeras perpetuas por el mesonero, "ministro de la Inquisición", por haber éste, como dice Lázaro, "puesto en el proceso algunas palabras que ellos (los dos hermanos y el criado) hauian dicho contra los oficiales de la Santa Enquisición (crimen irremisible)" (p. 64).

Para ver clara la alusión que se hace a la ignorancia y bllaquería propia de los subordinados de la Inquisición, hemos de llamar la atención sobre un hecho realmente curioso. Y es que luego que el mesonero, *familiar* de la Inquisición, se da cuenta de la abundancia de valores que llevaban los dos hermanos y su criado, simula ciertas acusaciones contra ellos para que sean encarcelados y poder así apoderarse de sus bienes. Y con el fin de que Lázaro y los otros testigos oculares no parezcan ante los inquisidores, miembros de la alta jerarquía del clero, el mesonero les aconseja que se escondan.

Este episodio se aclara aún más si se recuerda lo que dice

Lázaro sobre la bellaquería del mesonero: "El ladrón hauia dicho aquello por hazernos huyr, porque si quisiessen oyr los testigos, no se descubriese su vellaqueria (que no era la primera). Dentro de quince dias se hizo auto publico en Valladolid, donde vi salir entre los otros penitentes a los tres diablos, con tres mordaças en las bocas, como blasfemos que hauian osado poner la lengua en los ministros de la Santa Inquisición, gente tan santa y perfecta como la justicia que administran" (p. 65).

En esta última frase de Lázaro parece como si éste, hablando por Luna, se mostrara en favor de las altas jerarquías del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición. Pero no tenemos que olvidar un hecho fundamental, y es que los ataques de Lázaro siempre van dirigidos contra las jerarquías ínfimas de la estructura social y religiosa, y así, en el caso de la Inquisición, se dirige contra la ignorancia y la bellaquería de sus subordinados; es decir, contra los miembros inferiores de aquella poderosa institución, como el mesonero, que se denomina con orgullo "ministro de la Inquisición", o como los consultores, comisarios y notarios que permiten que Lázaro sea exhibido por toda España como "monstruo marino". Por eso Lázaro, al referirse a las altas jerarquías del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, cambia de tono y no omite las alabanzas al sagrado tribunal.

## V. CONSIDERACIONES FINALES

Considerada la irreligiosidad de Lázaro desde el punto de vista que en este estudio hemos expuesto, puede afirmarse sin temor que, comparada con la pintura que de ella se hace en el *Lazarillo* primitivo, resulta extraordinariamente ilustrativa del diferente clima espiritual que prevalecía en la época de Juan de Luna.

La irreligiosidad del Lázaro renacentista, con todo lo que tenía de corrosiva, era en definitiva una protesta velada, al menos en la manera de decir las cosas, contra las costumbres licenciosas de una pequeña minoría del clero. Esto se advierte en la alusión a la venta de las indulgencias, comercio

sagrado que provoca la indignación de Lázaro. Más veladas que en la *Segunda parte* de Juan de Luna, son las costumbres y el tono licencioso de ciertos clérigos que aparecen en el *Lazarillo* renacentista. El clérigo avariento y rapaz que encontramos en el segundo tratado pertenece a la estirpe del licenciado Cabra, del *Buscón*, aunque no es tan sórdido como éste. Su avaricia es casi justificable. Si poco da de comer a Lázaro es porque poco tiene. Con el fraile de la Merced del cuarto tratado, "amicísimo de negocios seculares y visitar", Lázaro padece nuevas penurias. La pintura que nos ofrece Lázaro de ese fraile no podría ser más sórdida, pero este amo es quien le proporciona sus primeros zapatos. El capellán del sexto tratado "asciende" a Lázaro de pícaro profesional a aguadero, con "buen asno y cuatro cántaros". Y gracias a este capellán Lázaro abandona la vida trajinante de los caminos para "subir el primer escalón de buena vida". En el último tratado Lázaro prospera con un arcipreste, que, por ser tan pagano como reverendo, nos recuerda al Arcipreste de Hita.

Bien se echa de ver que la sátira antirreligiosa que procedía de la irreligiosidad característica del personaje central de la obra, no era tan fuerte y grave como en la *Segunda parte*, donde la crítica contra los clérigos es mucho más severa.

Al hacer esta comparación, se puede advertir que no existe la menor semejanza entre la atmósfera religiosa en que se mueve el Lázaro renacentista y el de la *Segunda parte*. Todo los eclesiásticos que en ésta aparecen, sin excepción alguna, son muestra acabada de las costumbres licenciosas, de la falta de vocación o de la avaricia propia del clero de la época de Felipe III. La descripción que nos da Juan de Luna de ellos crea una sensación fantasmagórica, por presentar una situación que, en realidad, no es común entre los clérigos, aunque lo sea en la *Segunda parte*.

La sátira antirreligiosa de esta *Segunda parte* se desvía de las normas establecidas en el *Lazarillo* renacentista. La sátira que se percibía en el *Lazarillo* primitivo degenera con Luna en desengaño, bajo los efluvios de la época decadente, cuyo resultado llega a producir una verdadera oposición en-

tre los dos *Lazarillos*, es decir, entre sensibilidad y crueldad, entre realismo y naturalismo. En la obra de Luna, las prácticas religiosas se mezclan con la sexualidad de una manera nunca igualada en la historia de la picaresca española. El libertinaje de los clérigos no se detiene ante la religión. El estupro, el amancebamiento, el adulterio pasan entre ellos por galantería. Abundan clérigos que se acomodan con los gitanos para mejor holgar, ya acompañados de monjas, ya tomando por compañero a la primera mujer que encuentran.

Por toda la obra brotan como hongos clérigos y ermitaños que cruzan las calles engañando, atropellando a mujeres y hurtando cuanto pueden. La vida religiosa de estos eclesiásticos tiene una característica muy típica de las épocas de represión: el contubernio con la sexualidad. La expresión más atroz de esta degeneración del clero nos la ofrecen los lances en que se achacan sacrilegios sexuales no sólo al Arcipreste, sino también a los demás eclesiásticos que aparecen a través de la obra. Hay en esta calumnia un deseo vehemente por parte de Luna de ensuciar la religión con las salpicaduras de la obscenidad.

Pero cierto es que este Lázaro, como el Lázaro renacentista, no ataca a los dogmas o los principios básicos de la Iglesia católica, sino a las costumbres licenciosas de la baja jerarquía del clero, sobre las cuales existía indulgencia plenaria a causa de la decadencia del clima espiritual de la época. Así, cuando Lázaro se refiere al Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, no satiriza sus principios básicos, ni a los altos eclesiásticos que lo componen, sino las costumbres corruptas de los *familiares* del tribunal, y su ignorancia y bellaquería.

La tendencia a censurar las cosas de la Iglesia se veía favorecida por el clima espiritual del Barroco, característico de una época de represión y muy distinto del clima espiritual propio del Renacimiento. En la obra de Luna la sátira es más severa que en el *Lazarillo* primitivo. En ella, el clero se limita a vegetar estúpidamente. Sus antiguos bríos han decaído por completo y se dedican, por lo general, a empresas que sólo pueden servir para escandalizar a los lectores de novelas picarescas.

Queda, por último, una cuestión importante: ¿Debemos juzgar a la Iglesia católica de los días de Luna por estas narraciones breves, por estos cuadros grotescos que nos presenta el novelista? Por supuesto que no. No hay que olvidar un hecho fundamental: Juan de Luna escribió su obra en París, asistido por los miembros de la familia de Rohan, reformadores famosos, que lo convirtieron en un verdadero disidente. Su maestría para pintar al vivo los cuadros burlescos de la vida eclesiástica carece de objetividad; Luna parece negarles a todos los eclesiásticos hasta la capacidad de discernir entre el bien y el mal. La lectura de su novela causa la impresión de que en su ánimo había tenido lugar un violento combate en el que la objetividad resultó rotundamente vencida y quedó subordinada a su furibundo anticlericalismo, que a cada paso irrumpe en la narración.

Lo único verdaderamente positivo de esta *Segunda parte*, es, sin duda, el lenguaje; lenguaje matizado con giros vigorosos, expresivos y muy propios del ambiente en que se mueve Lázaro. Luna escribe en un tono popular de gran vitalidad, utilizando un vocabulario de notable fuerza retórica e intencional; los modismos y los vulgarismos que aparecen en su prosa tienen un sabor castizo pocas veces igualado en la historia de la novela picaresca.

JOSEPH L. LAURENTI

State University, Illinois.